

José Emilio Pacheco

S

ignos

REPRESENTACIONES

Por un instante el día se queda inmóvil como un árbol. Se detiene el reloj. El ser de los objetos se perfila. Es como si hubiera ido la luz y no obstante el mundo permaneciese visible.

Habitaré el extrañamiento cuando todo se afianza en su quietud y el tiempo abre las puertas a la nada.

Pero llega un sonido remoto de cinceles contra la piedra. La hoja se mueve. El árbol extiende su inmovilidad y alcanza quietamente la otra orilla. El aire es luz y corre a velocidades inaudibles. ¿Qué es la verdad en esta representación solitaria?

LA CONSPIRACION

No queremos dejarla en paz. Antes de suicidarse, B nos llamó por teléfono a sus amigos. No dijo lo que intentaba ni tampoco lo imaginamos nosotros. B no había hecho, como suelen hacer quienes poseen la vocación del suicidio, simulacros ni ensayos generales.

Nadie acudió al llamado. Esto nos parece injustificable aunque, como es de suponerse, tenemos coartadas y paliativos. Un teléfono suena a medianoche. Hay sobresaltos. Ya no somos los que fuimos. Ahora cada quien tiene deberes graves, esposas o esposos, hijos que asisten a la escuela, amantes, artículos por entregar a primera hora, clases, citas, exámenes, enfermedades, borracheras, dispesias, cenas con nuestros superiores, insomnios, reuniones de familia o simplemente horarios que comienzan temprano.

El suicidio es una crítica radical de nuestro modo de vida y por supuesto un asesinato simbólico. Todos sentimos que matamos a B y que ella en venganza acabó con nosotros. Sobrevalorándonos, pensamos que una palabra nuestra, un gesto solidario, los consuelos de la filosofía cristiana o estoica, la esperanza de la revolución mundial, el recuerdo de los buenos momentos en compañía, el despliegue de nuestras propias humillaciones y fracasos, un sarcasmo oportuno y autoescarnecedor... algo hubiera bastado para conjurar el suicidio.

Más que en nuestro íntimo sufrimiento en estas maniobras se revela el horror de estar vivo. Nos sentimos tan culpables que nadie quiere cargar con la culpa. Entre habladurías y reproches directos sostenemos una campaña cerrada para que alguno de nosotros expié el remordimiento colectivo y le haga a B en la muerte la compañía que en vida no supimos hacerle.

AL ESTE DEL PARAISO

En aquel entonces todas las muchachas se llamaban Teresa, Yolanda, Lilia. Me refiero a un mundo de cuento de hadas porque ya sólo existe en la memoria que miente o al menos desfigura y confunde. Eramos demasiado niños para tener acceso a un hotel y demasiado pobres para disponer de habitaciones al fondo del jardín o coches que pusiesen a nuestro alcance bosques y carreteras. Nos tocaron los tiempos de las últimas filas en los cines, el zaguán en tinieblas, los besos en los parques, siempre el temor pero no (extrañamente) la noción de pecado.

VALLE DE LAGRIMAS

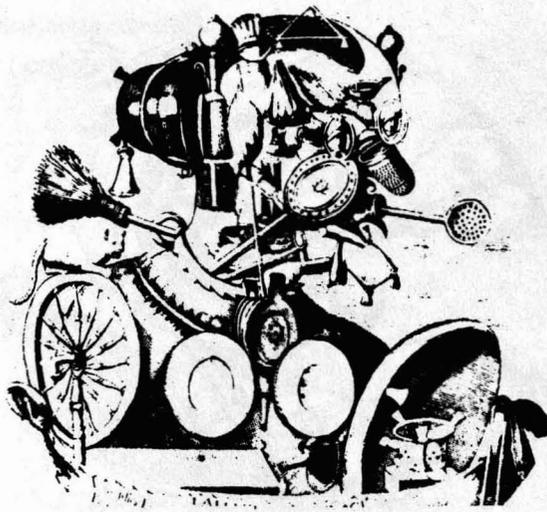
En el silencio de la noche un niño llora. No es un huérfano ni un abandonado. Simplemente los padres salieron y lo dejaron solo creyendo que no despertaría. Su llanto inconsolable taladra mis huesos. No puedo hacer nada: muros, patios, corredores y puertas me separan del niño a quien apenas conozco. Si entrara en su casa, al ser descubierto por los padres a su regreso ¿cómo podría explicar mi intrusión, mi buena voluntad, mi conciencia del sufrimiento ajeno? Así, me desespero escuchando un llanto aislado aunque también simbólico. Un dolor que no será permanente y sin embargo contiene el dolor del mundo.

WINNER TAKES NOTHING

Años de errar en el desierto. Salvé la vida porque el verdugo se compadeció y entregó el niño de brazos a unos pastores. Cuando alcancé la mayoría de edad me dijeron: Eres hijo del rey asesinado y debes acaudillar a los desafortunados.

Las hordas del impostor no me dieron alcance. Años de errar en el desierto y aprender artes marciales con las tribus guerreras de los confines. Levanté ejércitos al invocar el nombre de mi padre. Hice una guerra prolongada casi veinte años y obtuve la victoria gracias a mis soldados y mis lugartenientes.

Al fin puse sitio a la capital, la rendí por hambre, ahorqué al tirano y me senté en el trono de mi padre. Ahora soy rey y no se lo deseo a nadie. En los ojos de cada uno de mis compañeros de batalla, a quienes he colmado de recompensas, observo el odio y el brillo de la daga que más temprano que tarde se clavará en mi espalda.



EL INDULTO

Soy magnánimo. Acabo de vencer el instinto y resistir a la bestia que llevo a todas partes encadenada. El impulso de cazador que la horda de ancestros dejó en nuestra sangre acaba de sufrir una derrota. Al entrar por agua en la cocina vi una cucaracha que paralizada de terror me observaba, en vez de huir como dicta su especie. Cuando iba a pisotearla —lo hago siempre— su miedo me detuvo. Dejé que continuara su camino.

EL LIBRO

Hace más de quince años compré el libro. Lo hojeé con interés y como suele suceder pospuse la lectura para una oportunidad que no llegó nunca. Pronto moriré sin haberlo leído.

Y en sus páginas estaban el secreto y la clave.

INTERCAMBIO

No hemos cumplido cuarenta años y ya hay en nuestra generación demasiados poetas muertos. Muertos en la guerra, el accidente, el suicidio...

Adelantados que nos han permitido sobrevivirles, vamos a hacer un pacto: si ustedes vivieron nuestras posibles muertes, corresponderemos a tanta gentileza tratando de escribir sin proponérselo —en ese libro único que cada generación trasmite al desdén o al malentendido generoso de las siguientes— aquellas páginas irremplazables que ustedes ya no tuvieron tiempo (ni deseos) de escribir.

LAS CEREMONIAS DEL VERANO

En diez minutos llovió tanto que el único árbol en muchos kilómetros a la redonda perdió una rama y se desplomaron cables eléctricos.

Fue un pequeño terremoto de lluvia.

Al obstruirse la coladera del patio se formó un lago de aguas lodosas y hojas amenazantes. De un momento a otro iba a anegarse la casa. Empecé a desazolvar el desagüe. El mango de la escoba se hundía sexualmente en una materia invisible, a un tiempo blanda y poderosa. El agua descendía en

cataratas por el tubo de la azotea. Las macetas naufragaban en lodo.

Por fin encontré la bomba succionadora. Y entonces, agua, tierra, hojas, insectos ahogados o agonizantes se despidieron con un breve remolino admirable.

(Y con la frustración de quienes no pudieron tomar aunque fuere una mínima venganza contra la especie que ha explotado y corrompido a la misma naturaleza de que arrogante-mente forma parte.)

CARNADA

Pasamos la vida llevando a cuestas un desconocido: nuestro cuerpo. De él sólo conocemos la superficie, el revestimiento, y tomamos la parte por el todo.

El verdadero cuerpo está por dentro, invisible. No adquirimos conciencia de cómo es hasta que la enfermedad nos obliga a percibirlo. Antes no puedes imaginar tu corazón, tus pulmones, tu cerebro, tu hígado, tu páncreas... secretas maquinarias que te sostienen en vida y de cuyo arbitrio dependes en última instancia.

Toda esa fisiología no será a la postre sino carne de la nada, carnada de la muerte.

EL ADVERSARIO

Anoche, en un corredor de la casa a la que me invitaron, hallé su nombre fijado a las paredes (¿en un libro, en un cuadro, en un cartel?)

Cuántos años sin pensar en mi perseguidor, mi verdugo a quien no conoceré nunca.

Acaso estuvo allí. Acaso todos saben una historia que considero mi humillante secreto. Pero aquel hombre no tiene siquiera idea de mi existencia y de lo que me significó en un pasado irrepetible la suya.

Fuimos rivales. Libramos un combate de sombras en la mente de una mujer. Para emplear términos de un espectáculo que a él le gustaba, digamos que perdí por decisión cada uno de los rounds y él no se puso los guantes ni se movió de su esquina. Ante mi enemigo no significaba nada aquella muchacha que para mí era el mundo —como él para ella, desde luego.



Misteriosa inconsciencia de la vida: ignorar cuántos destinos tejemos y destejemos involuntariamente. Como dos ardillas ciegas que se persiguen en una jaula redonda y no se alcanzarán jamás, así se ha hecho nuestro vínculo. Cuando menos lo espere encontraré su nombre a mi espalda, por que el oscuro duelo aún no ha terminado.

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO

Cada noche del año atroz deja su cargamento de muertos en Beirut, en Buenos Aires, en Montevideo, en Santiago, en Sudáfrica, en Belfast. La tierra se abre, se desploman ciudades, los volcanes florecen de lava, el mar borra los pueblos de la orilla. —No son signos del juicio final ni tampoco terrores del milenio —dicen los que observan como si estuvieran a salvo. —El mundo ha sido siempre el mismo. Vendrán tiempos mejores. No hay problema.

Que los muertos entierren a su muertos en grandes fosas comunes. Quién entre los vivos se cubrirá de ceniza por las víctimas o no podrá vivir en paz mientras exista un ser al que torturan. Pocos quieren convertirse en guardia de su hermano y dolerse ante la sangre derramada. Somos legión y somos desechables, prescindibles, inmemorables. Nos hemos vuelto comparsas de una ficción en que, bajo el nombre de *noticias* el mundo se ofrece como espectáculo a sí mismo.

Por ahora nadie nos llama a escena. Somos espectadores y sobrevivientes. Pero ¿por cuánto tiempo?

DE AMICITIA

Nada tan parecido al odio como una larga amistad. Nos conocemos y nos reflejamos. Cada uno sabe los móviles más secretos del otro. Ya no podemos engañarnos ni con desplantes ni con subterfugios. Mutuamente nos hemos vuelto incómodos testigos. Odiamos sabernos un proyecto que no se cumplió, una realidad que no se parece a lo que ninguno de los dos esperaba. Reunirnos se ha hecho una obligación mecánica. No queda nada de la estimación y la alegría compartida de los antiguos años. A la menor oportunidad sacamos las garras: módicos tigres condenados a dar de vueltas en el mismo foso del zoológico hasta que se mueran de viejos o, en un instante de sinceridad, se entreduevan.

OBRA MAESTRA

Cuántos adjetivos no podría acumular mi orgullo ante la obra maestra recién salida de mis manos:

tersa irisada plena perfecta incomparable,

avanza por el aire hasta chocar con arrecifes invisibles y hacerse nada, añicos de nada, con un sonidito que brevemente resonó como un suspiro.

Tal es la historia crítica, el génesis y el apocalipsis, de la pompa de jabón que, tras varias décadas de intento y error, fue mi única e irreplicable obra maestra.

GRAFFITI

En todo lápiz hay una alianza de madera y piedra que se unen para inmolarse a medida que producen palabras números líneas.

El lápiz se gasta como quien lo maneja.

Muere al dar vida a sus trazos y al segregarlos se prolonga en ellos —aunque también efímeros.

Como el viento en la arena o la lluvia en el agua.

Por su lengua de plomo habla la naturaleza vencida.

Arbol que acaban de abatir, las mondaduras huelen a bosque.

Para ser lápiz, a fuerza de ser lápiz, se desnuda de las materias que sostienen su condición de lápiz.

Incluye en potencia todas las posibilidades expresivas de la mente y la mano.

Pero, inseguro, lleva su antítesis en el otro extremo: la goma.

Cuanto escribimos es provisional como lo que hace el lápiz.

El signo de las cosas es gastarse.